

como Vargas Llosa. Todo lo contrario, aquellas propuestas literarias y contextos políticos son evaluados y analizados con serenidad. Es esta combinación de pasión y erudición, de plena convicción y una mente analítica clara, que hacen de *Cartografía occidental de la novela hispanoamericana* una obra mayor y una contribución fundamental para nuestro entendimiento de la novela latinoamericana de los últimos cien años.

JUAN E. DE CASTRO

Eugene Lang College, The New School

*Revista "Diálogos".* Antología. Selección y presentación José María Espinasa. El Colegio de México, México, 2008; 451 pp. (con un DVD).

Aunque los autohomenajes suelen ser sospechosos, en este caso es más que justificable que El Colegio de México haya tenido la feliz iniciativa de publicar, a casi 45 años de su primera aparición y a casi 25 de su desaparición, una antología conmemorativa de la revista *Diálogos*. La versión impresa en forma de libro contiene una selección mínima, en más de 400 páginas, de algunos de los textos que vieron la luz en las páginas de la revista en los 20 años de su duración, entre 1964 y 1985. Aun así, la selección representa un porcentaje muy reducido del número total de textos originales. Como en toda antología, la obligación es excluir más que incluir y si bien no todos van a estar de acuerdo con las decisiones de las inclusiones y las exclusiones tomadas por José María Espinasa, queda el recurso inapelable de consultar la totalidad de los textos de cada uno de los números de la revista (son 131 en total): todos figuran en el DVD que acompaña al libro. Para facilitar un poco más la tarea del lector que busca algún texto específico, la versión impresa incluye un índice de autores con los títulos de sus colaboraciones y los datos de la publicación original.

Es más bien raro que una revista literaria o cultural tenga una vida tan larga y aquí el factor clave que explica la longevidad de la publicación es el apoyo y patrocinio que *Diálogos* recibió, a partir del número 13, de una institución, El Colegio de México. De haber seguido como revista independiente, su vida habría sido muy breve, como la de tantos ejemplos conocidos que, a pesar del entusiasmo de los protagonistas, difícilmente sobrepasan el término de unos cuantos números, uno o dos años a lo más. Todo esfuerzo independiente de esta naturaleza suele terminar en el agobio engendrado por la implacable guillotina económica.

A partir de lo que plantea José María Espinasa en su presentación, quisiera ahondar un poco más en el tipo de revista que era o

que quiso ser *Diálogos*, comentar algunos textos llamativos y ofrecer una reflexión final. Lo primero que hay que destacar es que *Diálogos* no era una revista literaria más. Aunque la literatura figuraba en lugar central e importantísimo en cada uno de sus números, las páginas de la revista se abrían también a otras artes y otras disciplinas. Así, al lado de los muchos y excelentes poemas, narraciones y ensayos literarios, hay también ensayos de opinión, crítica, testimonios, reseñas, encuestas, diagnósticos, fragmentos de diarios y diversos ensayos no sólo sobre las otras artes (artes plásticas, música y cine, en primer lugar) sino también –y esto es lo llamativo– sobre problemas intelectuales que tocan los campos de la política, la historia, la religión, la filosofía, los derechos humanos, la economía, la contaminación ambiental y la demografía, para sólo hablar de los textos incluidos en la antología impresa. Si nos vamos a la versión completa de la revista, entonces es evidente que todos los campos de estudio existentes en los distintos centros y programas de la institución patrocinadora son abordados en las páginas de la revista.

En lo cuantitativo y lo cualitativo, la literatura ocupa un primer lugar, pero no en aislamiento de las otras artes y de las distintas disciplinas de las ciencias humanas y sociales. De ahí la importancia del título escogido por el director, Ramón Xirau, que durante 20 años proyectó su visión amplia y tolerante sobre el contenido y el equilibrio interno de la revista. Desde el texto del ensayista francés Maurice Blanchot, “Una palabra plural”, en el número 2, texto que puede ser leído como una especie de manifiesto involuntario, se subraya una y otra vez la importancia del diálogo, la mediación, el reconocimiento del otro en su irreductible diferencia, el fin del pensamiento único y la adopción de una postura antidogmática en todo campo del saber. Este programa es, desde luego, una señal de los tiempos, además de ser un fiel reflejo de la amplitud mental del director de la publicación, interesado lo mismo en la poesía que en el pensamiento, lo mismo en la literatura que en la filosofía, lo mismo en la experiencia religiosa que en los problemas de las ciencias de lo humano. Aunque contó en distintos momentos con diferentes jefes de redacción (José Emilio Pacheco, Homero Aridjis, Jaime del Palacio, Vicente Leñero, Alberto Dallal, Eduardo Martínez) y varios equipos de asesores, me atrevería a afirmar que *Diálogos* fue, en gran medida, la creación de un hombre que funcionó como un extraordinario director de orquesta, capaz de convocar y hacer coexistir e incluso interactuar en el mismo espacio figuras, campos, tendencias y enfoques que suelen darse en ámbitos aislados o en foros separados. El resultado fue una revista literaria, cultural e interdisciplinaria que mantuvo un nivel de calidad envidiable a lo largo de su prolongada vida.

Equidistante de la revista académica especializada y de la revista de divulgación para el gran público, *Diálogos* es heredera de la aper-

tura universalista de las grandes revistas literarias de la primera mitad del siglo xx mexicano (*Contemporáneos*, *Taller*, *El Hijo Pródigo*). Sus dos modelos más cercanos en el tiempo (lo que Reyes llamaría su “pasado inmediato”) lo constituyen dos publicaciones de la década de los cincuenta: la *Revista Mexicana de Literatura*, que nació en 1955 bajo la dirección de Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, y la *Revista de la Universidad de México*, que tuvo muchas épocas, la más brillante de las cuales fue bajo la dirección de Jaime García Terrés. Durante algunos años *Diálogos* es una publicación contemporánea de *Plural*, *Vuelta* y *Nexos*. Comparte con las tres muchos nombres de su lista de colaboradores. Si bien la libertad de espíritu y la apertura a lo universal son rasgos heredados de esa gran tradición literaria y cultural de México, *Diálogos* no quiso ser una simple manifestación epigonal de todo aquello sino otra cosa: algo tal vez más difícil, porque se postulaba como un lugar de encuentro de diversas disciplinas y de saberes tradicionalmente antagónicos. En primer lugar, *Diálogos* propone explorar la red de relaciones que existen entre el arte y las ciencias, al menos las ciencias humanas. Como se sabe, lo que define a los especialistas (y las revistas especializadas) es su imposibilidad de comunicar con los demás. Cada disciplina tiene su lenguaje, sus conceptos y sus procedimientos. Los diálogos entre especialistas de distintas disciplinas y a veces hasta de la misma disciplina, casi nunca son diálogos sino una sucesión de monólogos autosuficientes y solipsistas, cada uno afianzado en la certeza reconfortante de su propia autonomía. Surgida en un momento de auge de los enfoques interdisciplinarios, bajo el signo del estructuralismo (movimiento que incide decisivamente en todas las ciencias humanas), *Diálogos* apostó por esta apertura evitando todo afán de monopolio doctrinario. En lugar de aislar o buscar la tan necesaria especificidad de cada disciplina, esta revista quiso establecer relaciones, construir puentes entre lo uno y lo otro. Tarea ciertamente arriesgada, pero útil en un ambiente dominado todavía por la tiranía de la especificidad disciplinaria. En aquella época, como ahora, El Colegio de México no contaba con una publicación de estas características. Cuando decidió adoptar el proyecto, dos años después del inicio, la institución tuvo el buen tino y la gran sensibilidad de no convertir la revista en un órgano de difusión de los distintos centros sino de dejarla en las manos sabias y experimentadas de Xirau. Fue una decisión inteligente que benefició a todos.

Si echamos un vistazo a algunos de los textos publicados en la revista durante esos 20 años, el resultado es asombroso porque gran parte de lo mejor de la época tiene cabida en sus páginas. Hay cantidad, calidad y diversidad en lo publicado en todos los campos señalados. De nuevo, el temperamento de Xirau establece la pauta. Abunda la literatura mexicana más viva del momento. Poemas de Aridjis, Becerra, Blanco, Bonifaz Nuño, Castellanos, Deniz, Fraire, Ulalume

González de León, Francisco Hernández, Lizalde, Montes de Oca, Pacheco, Paz, Sabines, Volkow, Zaid. Cuentos y narraciones de Arredondo, Amparo Dávila (“Árboles petrificados”, uno de sus mejores cuentos), Elizondo (“Anapoyesis”, también de los mejores del autor: extraño encuentro de Mallarmé y la ciencia ficción), Sergio Fernández, Galindo, los narradores de la onda Agustín y Sáinz y otros como Leñero, Monterroso, Melo, Pitol, Garro, Poniatowska, Rossi (el fabulador, no el filósofo; de hecho, su primera colaboración, publicada en 1973, se presenta como “su primer texto literario”) y Josefina Vicens, quien publicó un adelanto de *Los años falsos*. Ensayos de Alatorre, Fuentes, García Ponce, García Terrés, Hiriart, Iburgüengoitia, José Luis Martínez, Paz, Seligson y el mismo Xirau. Sin duda, se debe al director la presencia constante de lo mejor de la literatura y el pensamiento de la tradición española, tanto la obra de los sobrevivientes de la Generación de 1927 (Aleixandre, Guillén, Prados) como la de distintos creadores y pensadores exiliados (Max Aub, Francisco Ayala, Manuel Durán, José Gaos, Jomí García Ascot, José Moreno Villa, Tomás Segovia, Arturo Souto, Enrique de Rivas, María Zambrano, Gonzalo Sobejano, José Ferrater Mora y Xirau). Aparecen también, cosa muy llamativa, los creadores, pensadores y editores que trabajaban en España en aquel momento (Abellán, Aranguren, Barral, Cano, Castellet, Gil de Biedma, Gimferrer, los tres hermanos Goytisolo, José Hierro, Panero, Sánchez Robayna, Ullán, Valente, Claudio Rodríguez, Valverde). Esto es llamativo porque la tendencia, tanto entre los grupos dominantes de la Península como entre los círculos del exilio, era negar la existencia de la otra parte.

Si dirigimos la mirada ahora a la dimensión hispanoamericana y universal de la creación, el resultado es de nuevo una imagen de riqueza y pluralidad. Poemas de los nicaragüenses Cardenal y Cuadra; de los peruanos Eielson, Sologuren, Varela y Westphalen; de los uruguayos Sara de Ibáñez, Enrique Fierro e Ida Vitale; del venezolano Gerbasi; de los argentinos Borges, Juarroz y Pizarnik; de los chilenos Enrique Lihn y Gonzalo Rojas; de los cubanos Lezama Lima, Fina García Marruz, Cintio Vitier y Severo Sarduy; del colombiano Mutis, ya residente en México; del brasileño Haroldo de Campos. Todos poetas de primer nivel, pero muchos de ellos de líneas distintas y hasta opuestas: es decir, no se privilegió una tendencia, un estilo o una poética determinada sino que se ofreció un abanico plural cuyo denominador común es la alta calidad estética. Además de Carlos Fuentes, están presentes otras figuras del *boom*: hay cuentos y narraciones de Cortázar y Vargas Llosa; en 1965, José Donoso entrega el primer capítulo de su futura novela *El obscuro pájaro de la noche* y dos años después García Márquez publica un anticipo de *Cien años de soledad*. Impresionan la cantidad y calidad de las traducciones de figuras de las letras universales: los rusos (Ajmátova, Mandelstam, Tsvetaieva

y Pasternak), los norteamericanos (Ashbery, Bishop, Lowell, Robert Duncan, Ferlinghetti, Styron, Updike, Williams), los franceses (Artaud, Bataille –como poeta–, Bonnefoy, René Char, Malraux, Michaux, Pieyre de Mandiargues...), los ingleses (Auden, Tomlinson, Hamburger), y otros creadores de la talla de Musil, Calvino, Beckett y Kundera. Aquí un reclamo: es una lástima que raras veces conste el nombre del traductor porque se tradujo mucho y casi siempre muy bien. La traducción se vuelve uno de los focos de interés de la revista, donde se publicaron reflexiones teóricas sobre el fenómeno, como el famoso comentario de Paz que acompaña su igualmente célebre versión del soneto en -ix de Mallarmé. También habrá que apuntar que están presentes en las páginas de *Diálogos* prácticamente todos los grandes críticos de la literatura hispanoamericana moderna que estaban activos en esas dos décadas: me refiero a figuras como Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal, José Miguel Oviedo, Guillermo Sures y Julio Ortega.

Una consideración aparte merece la presencia de las artes plásticas en la revista. Aquí me refiero no sólo a los múltiples ensayos agudos sobre la plástica (Damián Bayón sobre *pop art* y *op art*, Juan García Ponce sobre Vicente Rojo, Luis Cardoza y Aragón sobre Portocarrero, Mario Vargas Llosa sobre Szyszlo, Octavio Paz sobre Duchamp), sino a la cantidad y calidad de los dibujos e ilustraciones originales para los números de la revista, obra de artistas de la talla de Rufino Tamayo, Juan Soriano, Leonora Carrington, Fernando de Szyszlo, José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Francisco Toledo, los hermanos Coronel, Manuel Felguérez, Francisco Corzas, Vlady, Arnaldo Cohen, Brian Nissen, Gunther Gerzso, Alberto Gironella y Teodoro González de León.

Si salimos ahora del campo estrictamente literario y artístico, vemos que están representadas en las páginas de *Diálogos* la historia, la filosofía, la política, la economía, la demografía, la sociología, además de las áreas (entonces muy incipientes en México) de los estudios de género, la cuestión de los derechos humanos y los estudios ambientales. Así, es refrescante leer la redefinición del concepto de “izquierda” por Kolakowski, el casi manifiesto de Enrique Florescano (“Hacia una historia abierta y experimental”), el análisis de los alcances socioeconómicos de la contaminación ambiental por Víctor Urquidi, la reflexión sobre la tarea y la responsabilidad del historiador por Edmundo O’Gorman, las ideas de Lourdes Arizpe sobre la dinámica de la cultura en América Latina, las múltiples contribuciones de Elías Trabulse sobre la historia de la ciencia, las de Benjamín Preciado sobre el hinduismo, las de Rodolfo Stavenhagen sobre los derechos humanos, las de Soledad Loaeza sobre la familia autoritaria en México, las de Gustavo Cabrera y José Luis Lezama sobre la expansión demográfica en México, las de Josefina Vásquez sobre la enseñanza de la historia de México, las de Silvio Zavala sobre “La personalidad

de Vasco de Quiroga”, y las de Luis Fernando Lara sobre lingüística y biología. Abundan las contribuciones de académicos como Luis Villoro (sobre filosofía política), Rafael Segovia (sobre elecciones y democracia), Lorenzo Meyer (sobre el nacionalismo mexicano) y Luis González, padre de la microhistoria. Fuera de los rubros dominantes de lo literario y lo artístico, creo que son tres los campos que reciben las reflexiones de mayor envergadura: la historia, la filosofía y la política. Así, nos proponen ideas seminales, pero muchas veces incómodas, Hannah Arendt, Raymond Aron, Kostas Axelos, Isaiah Berlin, Victoria Camps, Noam Chomsky (sobre “Los Estados Unidos y el Medio Oriente”), Miguel León-Portilla y Jean Duvignaud sobre la cultura prehispánica de México. Está presente el comparatista de la religión Mircea Eliade con sus teorías sobre el mito y, en el otro extremo, se exponen las interpretaciones revisionistas que hacen Fromm y Kostas Papaioannou de Marx y del marxismo, además de las semillas de las ideas del entonces no muy conocido Edgar Morin. En el terreno de la crítica cultural hay varios textos de la joven Susan Sontag, entonces (en 1965) desconocida en el ámbito hispánico.

Como se puede apreciar por estas largas enumeraciones de colaboradores y de los temas tratados, los profesores e investigadores de la institución participaron activamente en la revista, pero sin cambiar radicalmente el carácter de ésta. *Diálogos* nunca dejó de ser, en primer lugar, una revista de artes y de letras, con la poesía en la cúspide, pero desde muy pronto fue ampliando sus fronteras, ensanchando sus horizontes intelectuales, para convertirse en lo que llegó a ser: una revista independiente (cobijada y nutrida por El Colegio de México) que mantuvo a lo largo de 20 años un nivel altísimo de calidad a la vez que ofrecía un espacio no sólo para la creación más original del momento sino también para la reflexión más inteligente sobre los grandes problemas existentes y emergentes de las ciencias humanas y sociales. Por todo eso, hay que darle las gracias al centinela alerta que fue Ramón Xirau, su director y animador.

ANTHONY STANTON  
El Colegio de México

*Crónica parcial: cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso, 1927-1952.* Pról. y ed. de Martha Elena Venier. El Colegio de México, México, 2008; 266 pp.

El género epistolar ha tenido siempre muy variados propósitos, pero sujetos, regularmente, a estructuras determinadas; fue evolucionando de la simple transmisión oral de una noticia a aquellas cartas po-